

esplendor de los uniformes las oscuras profundidades de los Campos Elíseos. A la cabeza y á la cola, galopaban piquetes de dragones. En el centro rodaba un landó cerrado, tirado por cuatro caballos; mientras que, á cada uno de los lados de las portezuelas, marchaban dos caballerizos en gran uniforme bordado de oro, recibiendo, impasibles, las incesantes salpicaduras de las ruedas y cubiertos de una capa de lodo líquido, desde las botas de campana hasta el sombrero de clac. Y, destacándose de la obscuridad del landó cerrado, tan sólo un niño aparecía, el príncipe imperial, mirando á la gente, con los dedos separados y con su naricita aplastada contra el cristal.

—¡Mira qué escuerzo!—dijo sonriendo un peón caminero que empujaba un carretón.

Rougón se había parado, pensativo, siguiendo con la vista el cortejo, que se deslizaba por entre los baches, salpicando hasta las hojas bajas de los árboles.

## XV

Tres años después, en un día de marzo, tenía lugar una borrascosísima sesión en el Cuerpo legislativo. Discutíase el mensaje por la primera vez.

En el bufet de la Cámara, el señor La Rouquette y un viejo diputado, el señor de Lamberthon, esposo de una hermosísima mujer, bebían sendos *groggs*, en frente el uno del otro, con toda tranquilidad.

—¿Qué le parece á usted? Si volviésemos al salón...—decía el señor de Lamberthon, que prestaba oído atento.—Estoy en que la cosa se caldea.

De vez en cuando oíase un lejano clamoreo, una tempestad de voces, brusca como un vendaval; después todo volvía al gran silencio. Pero el señor La Rouquette continuaba fumando, como si todo le importase un comino, y contestó:

—No, dejémoslo por ahora, deseo acabar de fumar el cigarro... Ya vendrán á avisarnos en caso de que se nos necesite. Ya he encargado que se nos avise.



Hallábanse solos en la cantina, reducida sala de café, muy bonita, situada en el fondo del estrecho jardín que forma esquina entre el malecón y la calle de Borgoña. Pintada de verde claro, cubierta con un enrejado de bambúes, y dando con sus anchos ventanales acristalados á los macizos del jardín, parecíase á una estufa convertida en bufete de lujo, con sus testers de espejos, sus mesas, su mostrador de marmol rojo y sus asientos de reps verde apuntado. Uno de los ventanales abiertos dejaba penetrar la claridad de la hermosa tarde, tibieza primaveral que refrescaba los calurosos efluvios del Sena.

—La guerra de Italia ha venido á colmar su gloria—repuso el señor La Rouquette, continuando una conversación interrumpida.—Hoy, al devolver al país su libertad, demuestra toda la fuerza de su genio...

Hablaba del emperador. Durante unos instantes, estuvo poniendo en las nubes el alcance de los decretos de noviembre, la participación más directa de los grandes Cuerpos del Estado en la política del soberano, la creación de ministros sin cartera, encargados de representar al gobierno ante las Cámaras. Era aquéllo la vuelta del régimen constitucional, en lo que tenía de sano y razonable. Abríase una nueva era, el imperio liberal. Y el señor La Rouquette sacudía la ceniza del cigarro, transportado de admiración.

El señor de Lamberthon movía á un lado y á otro la cabeza.

—Ha ido demasiado de prisa—decía por lo bajo.

—Podíase haber esperado todavía. No corría ninguna prisa.

—¡Bueno, bueno, yo se lo aseguro á usted, había que hacer algo—dijo con viveza el joven diputado.

—Ahí precisamente es en donde se ve el genio...

Bajó la voz y explicó la situación política con profundos golpes de vista. Las pastorales de los obispos, referentes al poder temporal, amenazado por el gobierno de Turín, inquietaban en grado sumo al emperador. Por otra parte, la oposición se despertaba, el país atravesaba momentos de malestar. Había llegado el momento de intentar la reconciliación de los partidos, atraerse á los hombres políticos, siempre de punta, haciéndoles prudentes concesiones. En estos momentos, tenía al imperio autoritario por muy defectuoso, y transformaba el imperio liberal en una apoteosis, con el cual Europa entera iba á verse ilustrada.

—No importa, ha obrado demasiado precipitadamente—insistía el señor de Lamberthon, que continuaba meneando la cabeza.—Entiendo muy bien lo que es el imperio liberal; pero es lo desconocido, querido señor, lo desconocido, lo desconocido...

Y pronunció esta palabra en tres tonos diferentes, y pasando la mano á uno y otro lado, en el vacío. El señor La Rouquette no dijo una palabra más; estaba concluyendo su grog. Ambos diputados permanecieron allí, perdida la vista en el espacio, mirando al cielo por el vano de la ventana abierta, como si buscasen lo desconocido más allá del male-



cón, del lado de las Tullerías, en donde flotaban inmensos vapores grises. Detrás de ellos, en el fondo de los corredores, el huracán de voces rugía otra vez, con el ronco estruendo de la tempestad que se avecina.

El señor de Lamberthon volvía la cabeza, pasto de viva inquietud. Al cabo de un instante de silencio, preguntó:

—Es Rougón quien debe de contestar, ¿no?

—Así lo creo—respondió el señor La Rouquette, frunciendo el labio y en tono de discreción.

—Bien comprometido se hallaba—masculló de nuevo el antiguo diputado.—El emperador ha hecho una peregrina elección, al nombrarle ministro sin cartera y al encargarle la defensa de su nueva política.

El señor La Rouquette no se apresuró á dar su parecer. Acariciábase su rubio bigote con despa-ciosa mano. Por fin dijo:

—El emperador conoce á Rougón.

Después exclamó con distinto acento:

—Diga usted, estos grogs no son cosa del otro jueves... Tengo una sed rabiosa. Deseo tomar un vaso de agua con jarabe.

Y pidió un vaso de agua con jarabe. El señor de Lamberthon titubeó, y se decidió por último, por un madera. Y pusieronse á hablar de la señora de Lamberthon; el marido reñía á su joven colega por la escasez de sus visitas. Habíase éste recostado en el asiento embutido, y se miraba oblicuamente en los

espejos, gozando con la vista del suave verde de las paredes de aquel fresco pabellón, que tenía semejanza con un bosquecillo á lo Pompadour, instalado en alguna encrucijada de bosque de príncipes, dedicado á citas de amor.

Llegó un ujier casi sin aliento.

—Señor La Rouquette, se le llama á usted en seguida, sin perder un instante.

Y como el joven diputado hiciese una mueca de contrariedad, el ujier se inclinó á su oído y le dijo á media voz que era enviado por el mismo señor de Marsy, el presidente de la Cámara. Y agregó en voz más alta:

—En fin, que se necesita á todo el mundo; vengán ustedes en seguida.

El señor de Lamberthon se había precipitado al salón de sesiones. El señor La Rouquette le siguió cuando pareció venir á mejor consejo. Era su idea la de reclutar á todos los diputados que andaban papando moscas, para enviarlos á sus bancos. Empezó por lanzarse al salón de conferencias, hermosa pieza que recibía la luz por un techo acristalado; tenía una gigantesca chimenea de marmol verde, adornada con dos mujeres de marmol blanco, desnudas y acostadas. No obstante la templada temperatura de la tarde, ardían en ella verdaderos troncos de árboles. Alrededor de la enorme mesa, tres diputados dormitaban, con los ojos abiertos, mirando los cuadros de las paredes y el famoso reloj al que se daba cuerda tan sólo una vez al año; el cuarto



de ellos, ocupado en calentarse los riñones, en pie, delante de la chimenea, parecía examinar con semblante de ternura, al lado opuesto de la estancia, una estatuita de Enrique IV, de yeso, que se destacaba sobre un trofeo de banderas ganadas en Marengo, en Austerlitz y en Jena.

Al ser llamados por su colega, que iba de uno á otro gritando: ¡Pronto, pronto, á la sesión! aquellos señores, despertando sobresaltados, desaparecieron más que de prisa.

Después, llevado por su impetuosidad, el señor La Rouquette corría á la Biblioteca, mas tuvo la precaución de volver atrás, para registrar con solo un golpe de vista el pasillo de los lavabos. El señor de Combélot, con las manos metidas en una gran jofaina, se las restregaba con toda suavidad, sonriendo de satisfacción al contemplar su blancura. No se alteró gran cosa, pero dijo que volando iría á ocupar su puesto en el salón. Tomóse, no obstante, el tiempo necesario para enjugarse bien las manos, con una toalla calentita, que colocó después en la estufa con portezuelas de cobre. Y hasta se acercó á un alto espejo, que había al otro extremo del corredor, para peinarse su hermosa barba negra, con un peinecito de bolsillo.

En la Biblioteca no había un alma. Los libros dormían el sueño de los justos en sus estantes de roble; sin nada encima, las dos grandes mesas ostentaban la severidad de sus tapetes verdes; en los brazos de los sillones, colocados en el mejor orden,

los pupitres mecánicos se doblaban, grises por ligera capa de polvo. Y, en medio de aquel recogimiento, en el abandono de aquella galería en que se percibía olor de papeles, el señor La Rouquette dijo en alta voz al cerrar la puerta con estrépito:

—¡Nunca hay nadie aquí dentro!

Entonces, se lanzó á la hilera de corredores y de salas, atravesó la de distribución, pavimentada con marmol de los Pirineos, en donde resonaban sus pasos como bajo la bóveda de una iglesia. Como un ujier le dijese que un diputado amigo suyo, el señor de la Villardière, acompañaba á visitar el palacio á un caballero y á una señora, se empeñó en irles á ver. Corrió á la sala del general Foy, aquel severo vestíbulo, en donde las estatuas de Mirabeau, del general Foy, Bailly y Casimiro Périer, constituyen la admiración de los burgueses de provincias. Pero allí al lado, en la sala del trono, fué en donde se encontró por último con el señor de la Villardière, defendidos ambos sus lados por una muy gruesa señora y un no menos grueso caballero, gente de Dijon, en donde su amigo y él eran notarios y electores influyentes.

—Se le llama á usted—dijo el señor La Rouquette. Pronto, á ocupar su sitio, ¿no es eso?

—Sí, en seguida—contestó el diputado.

Mas no pudo desprenderse así como así. El gordo caballero, impresionado por el lujo de la sala, por el resplandor de los dorados y de los espejos que cubrían las paredes, habíase quitado humildemente el sombrero; y no soltaba á su «querido diputado»,



pedíale explicaciones de los cuadros de Delacroix, de los Mares y de los Ríos de Francia, de las altas figuras decorativas, *Mediterraneum Mare, Oceanus, Ligeris, Rhenus, Sequana, Rodanus, Garumna, Aravis*. Aquellas palabras latinas le ponían en pretina.

—*Ligeris*, el Loira—dijo el señor de la Villardière.

El notario de Dijon movió vivamente la cabeza; había comprendido. Entretanto su señora no quitaba los ojos del trono, un sillón algo más alto que los demás, provisto de su funda y colocado sobre amplia plataforma. Habíase situado á alguna distancia, respetuosamente y muy conmovida. Concluyó por acercarse, por atreverse; y con mano furtiva levantó la funda, tocó la madera dorada y palpó el terciopelo rojo.

Ahora el señor La Rouquette recorría el ala derecha del palacio, los interminables corredores, las habitaciones reservadas á las oficinas y á las comisiones. Volvió por la sala de las cuatro columnas, en donde los jóvenes diputados sueñan en frente de las estatuas de Bruto, de Solón y de Licurgo; cortó oblicuamente la sala de los Pasos perdidos, costeó rápidamente el circuito del edificio, una especie de cripta aplastada, con descolorida desnudez de iglesia, iluminada con gas noche y día; y, falto ya de aliento, llevando en pos de sí el corto número de diputados que había podido reunir en su batida general, abrió de par en par la ancha puerta de caoba, con estrellas doradas. El señor de Combélot,

con sus manos blancas y su correcta barba, iba detrás de él. El señor de la Villardière, que se había desembarazado de sus dos electores, seguía también á sus alcances. Todos subieron de un solo arranque y se lanzaron al salón de sesiones, en donde los diputados, en pie sobre sus bancos, furibundos, con los brazos extendidos, amenazaban á un orador impertérrito en la tribuna, y gritaban:

—¡Al orden, al orden, al orden!

—¡Al orden! ¡al orden!—gritaban aún en voz más alta al señor La Rouquette y sus amigos, á pesar de que no sabían de qué se trataba.

La batahola era espantosa. Oíase un furioso pataleo, un rugido de tempestad producido por las tablillas de los pupitres agitadas violentamente. Algunas voces chillonas, agudísimas, lanzaban notas de pífano, en medio de otras voces retumbantes, prolongadas como acompañamiento de órgano. A veces los ruidos parecían ahogarse é interrumpirse el tumulto; y entonces, en medio del clamoreo moribundo, la rechifla se elevaba y se oía gritar:

—¡Eso es odioso, intolerable!

—¡Que retire esas palabras!

—¡Sí, sí, retírelas!

Pero el obstinado grito, aquél que aparecía sin interrupción, como acompañado por el golpear de los talones, era el de: «¡Al orden, al orden, al orden!» que se gritaba, se estrangulaba más y más en los secos gaznates.

En la tribuna el orador se había cruzado de brazos.



Miraba cara á cara á la furiosa Cámara, á aquellos rostros que parecían ladrar, á aquellos puños amenazadores. Por dos veces, creyendo que el silencio se restablecía, abrió la boca; lo que produjo un aumento de tempestad, una crisis de loco frenesí. La sala parecía estallar.

El señor de Marsy, en pie ante su sillón de presidente, con la mano en el registro del timbre, tocaba por modo continuo, un repiqueteo de alarma en medio de un huracán. Su pálido rostro mantenía una sangre fría inalterable. Dejó por un instante de tocar, tiró de los puños de su camisa tranquilamente, y después volvió al repiqueteo. Su delicada y escéptica sonrisa, una especie de contracción que le era habitual, movía las comisuras de sus finos labios. Cuando las voces se cansaban, contentábase con decir:

—Señores, permitan ustedes, permitan ustedes...

Por último, obtuvo un relativo silencio.

—Invito al orador—dijo,—á que explique las palabras que acaba de pronunciar.

El orador, inclinándose y apoyándose en la baranda de la tribuna, repitió su frase con testaruda afirmación.

—He dicho que lo acontecido el 2 de diciembre fué un crimen...

Y no pudo proseguir. La tormenta volvía á empezar. Un diputado, más colorado que unas brasas, le trató de asesino; otro le soltó una indecencia tan de á folio, que los taquígrafos se echaron á reir,

guardándose bien de escribirla. Las exclamaciones se cruzaban y se sofocaban á un tiempo. Oíase, no obstante, la atiplada voz de La Rouquette, que repetía:

—¡Insulta al emperador, insulta á la patria!

El señor de Marsy, con ademán digno, volvió á sentarse, diciendo:

—Llamo al orador al orden.

Siguió á esto una prolongada agitación. No era ya aquél el Cuerpo legislativo adormilado que había votado cinco años antes un crédito de cuatrocientos mil francos para el bautizo del príncipe imperial. A la izquierda, sobre un banco, cuatro diputados aplaudían la frase lanzada á la tribuna por su colega. Cinco eran ahora los diputados que atacaban al imperio. Le conmovían con sacudida incesante, le negaban, le rehusaban su voto, con obstinación de protesta, cuyo efecto debía, poco á poco, de levantar al país entero. Aquellos diputados se mantenían en pie, y constituían un grupo ínfimo, perdido en medio de una mayoría aplastante; y contestaban á las amenazas, á los cerrados puños, á la tumultuosa presión de la Cámara, sin desconcertarse un solo punto, inmóviles y acérrimos en su desquite.

Hasta el mismo salón parecía cambiado, apareciendo sonoro, estremecido de fiebre. Habíase restablecido la tribuna, al pie de la mesa presidencial. La frialdad de los mármoles, el imponente desarrollo de las columnas del hemicycle, se caldeaban con la ardiente palabra de los oradores. Sobre las gradas, á lo largo de los bancos de terciopelo rojo, la luz



del acristalado vano que caía á plomo, parecía fulgor de incendio en las fragorosas tormentas de las grandes sesiones. La monumental mesa presidencial, con sus severos tableros de caoba, se animaba con las ironías y las insolencias del señor de Marsy, cuya correcta levita, ceñida á su delgado talle de vividor exhausto, cortaban con pobre línea las antiguas desnudeces del bajo relieve que se veía á su espalda. Y tan solo en sus hornacinas, entre sus apareadas columnas, las alegóricas estatuas del Orden público y de la Libertad conservaban sus muertos rostros y sus ojos vacíos de divinidades de piedra. Mas lo que sobre todo respiraba allí vida, era el público, mucho más numeroso, inclinado ansiosamente sobre su antepecho, atento á los debates, llevando allí sus pasiones. La segunda fila de las tribunas había vuelto á ser habilitada. Los periodistas contaban con su tribuna particular. En la parte más alta, al borde de la cornisa sobrecargada de dorados, veíanse cabezas que se tendían, una invasión tal de multitud, que á veces hacía levantar los inquietos ojos de los diputados, como si bruscamente hubiesen creído oír el pisotear del populacho un día de sedición popular.

Entre tanto, el orador, en la tribuna, seguía esperando poder continuar. Y dijo con la voz apagada por el murmullo que reinaba todavía.

—Señores, resumiendo...

Pero se detuvo para poder hablar en voz más alta, dominando el rumor:

—Si la Cámara se niega á escucharme, protesto y bajo de la tribuna.

—¡Hable usted! ¡hable usted!—se gritó desde muchos bancos.

Y una voz gruesa, como enronquecida, resonó:

—Hable usted; se le sabrá contestar.

El silencio reinó de repente. En las gradas, en las tribunas, todo el mundo extendía el cuello para ver á Rougón, que acababa de lanzar aquella frase. Hallábase sentado en el primer banco, con los codos apoyados en la tablilla de marmol. Sus anchas espaldas mantenían una inmovilidad, apenas alterada de tarde en tarde por ligero balanceo de los hombros. No se le distinguía el rostro, oculto entre sus anchas manos. Hallábase escuchando. Su primer discurso era esperado con viva curiosidad, ya que desde su nombramiento de ministro sin cartera, no se había presentado aún ocasión para que tomara la palabra. A no dudarlo, tenía conciencia de todas aquellas miradas que se fijaban sobre él. Levantó la cabeza y miró á su alrededor. En frente, en la tribuna de los ministros, Clorinda, en traje color de violeta, apoyada en la baranda de terciopelo rojo, mirábale con intensidad, con su audacia tranquila. Por unos segundos permanecieron con los ojos fijos en los ojos, sin sonreirse, como si no se conocieran. Rougón después volvió á su posición y escuchó de nuevo, con el rostro oculto entre sus abiertas manos.

—Resumiendo, señores—dijo el orador.—El decreto de 24 de noviembre otorga libertades pura-



mente ilusorias. Nos hallamos todavía muy lejos de los principios del 89, inscritos con tanto énfasis al frente de la constitución imperial. Si el gobierno queda armado con leyes excepcionales, si continúa imponiendo sus candidatos al país, si no libera á la prensa del régimen de la arbitrariedad, si, en fin, tiene siempre á Francia á merced suya, todas las aparentes concesiones que pueda hacer son ilusorias, falaces...

El presidente le interrumpió:

—No puedo permitir que el orador emplee palabras semejantes.

—¡Muy bien, muy bien!—se susurró á la derecha.

El orador repitió la frase, dulcificándola. Esforzábale ahora en presentarse muy moderado, redondeando su discurso con elocuentes períodos que resultaban con grave cadencia y con pureza de lenguaje perfecta. Pero el señor de Marsy se encarnizaba y discutía todas y cada una de sus expresiones. Entonces el orador se elevó á altas consideraciones, á una fraseología vaga, sobrecargada de grandes palabras, en medio de las cuales su pensamiento se ocultó tan bien, que el presidente tuvo que abandonarle. En seguida, y de repente, volvió á su punto de partida.

—Resumo, pues. Mis amigos y yo, no votaremos el primer párrafo del mensaje en contestación al discurso del trono...

—Prescindiremos de ustedes—dijo una voz.  
Ruidosas carcajadas corrieron por los bancos.

—No votaremos el primer párrafo del mensaje—repitió placenteramente el orador,—si nuestra enmienda no es aceptada. No podríamos asociarnos á felicitaciones exageradas, cuando el pensamiento del jefe del Estado se nos presenta tan lleno de restricciones. La libertad es una; no puede cortársela en pedazos y distribuirla en raciones, ni más ni menos que como una limosna.

Al llegar aquí, partieron exclamaciones de todos los ámbitos de la sala.

—La libertad de ustedes no es más que licencia.

—No hable usted de limosna, ustedes mendigan una popularidad peligrosa.

—Esas son las cabezas que ustedes cortan.

—Nuestra enmienda—continuó, como si no oyesse,—reclama la revocación de la ley de seguridad general, la libertad de la prensa, la sinceridad de las elecciones...

Las risas volvían á empezar. Un diputado había dicho, lo bastante alto para ser oído por sus adláteres: «¡Anda, anda, pobre hombre, no obtendrás nada de eso!» Otro soltaba frases picarescas á cada una que bajaba de la tribuna. Pero la mayor parte, para tomarlo á broma, medía los períodos dando con disimulo precipitados golpes con la plegadera sobre sus pupitres; lo que producía una especie de redoble con palillos de tambor, en medio del cual la voz del orador resultaba apagada. Este, á pesar de todo, luchó impertérrito hasta el final. Habíase erguido y



lanzaba con voz de trueno estas últimas palabras, que dominaban el tumulto:

—Sí, somos revolucionarios, si con esta palabra comprendéis á los hombres de progreso, decididos á conquistar la libertad. Negad la libertad al pueblo; llegará un día en que él la tomará.

Y bajó de la tribuna en medio de un nuevo alboroto de vociferaciones é injurias. Los diputados ya no se reían como una banda de colegiales en asueto. Habíanse levantado, vueltos hacia la derecha, lanzando otra vez el grito de: «¡Al orden, al orden!». El orador había vuelto á su banco y permanecía en pie, rodeado de sus amigos. Hubo empujones. La mayoría parecía querer arrojarle sobre aquellos cinco hombres cuyos pálidos rostros les desafiaban. Pero el señor de Marsy, incomodado, tocaba el timbre con mano temblorosa y miraba á las tribunas en donde las damas se echaban atrás, dominadas por la pavora.

—Señores—dijo de Marsy,—esto es un escándalo...

Y habiéndose restablecido el silencio, prosiguió en voz alta con su autoridad mordaz:

—No quiero hacer un llamamiento al orden por segunda vez. Diré tan solo que es en realidad escandaloso el venirse á esta tribuna con amenazas que la deshonoran.

Una triple salva de aplausos acogió aquellas palabras del presidente. Gritábase ¡bravo! Y los cuchillos de cortar papel golpeaban con firmeza, entonces con muestras de aprobación. El orador de la

izquierda quiso contestar; pero sus amigos se lo impidieron. El tumulto se fué apaciguando y se perdió en el murmullo de las conversaciones particulares.

—Tiene la palabra Su Excelencia el señor Rougón—repuso el señor de Marsy con voz sosegada.

Sintióse un estremecimiento, un suspiro de curiosidad satisfecha, que dió lugar á una atención religiosa. Rougón, con sus redondeados hombros, había subido pesadamente á la tribuna. En un principio no dirigió la vista á la sala; ponía delante de él un fajo de notas, apartaba el vaso de agua azucarada, y movía á un lado y á otro las manos como para tomar posesión del estrecho compartimiento de caoba. Por último, adosada á la mesa presidencial, levantó la cabeza. Rougón no envejecía. Su cuadrada frente, su gran nariz bien formada y sus largas mejillas sin arrugas, conservaban una rosada palidez, una fresca tez de notario de pequeña ciudad. Sólo sus cabellos que encanecían, más abundantes siempre, se aclaraban hacia las sienes, dejando al descubierto sus anchas orejas. Con los ojos medio entornados, dirigió una mirada al salón, que esperaba aún. Por un instante, pareció buscar y encontró el atento é inclinado rostro de Clorinda, y luego dió principio á su peroración, con la lengua un tanto pesada y pastosa.

—Nosotros también somos revolucionarios, si con esta palabra se comprenden los hombres de progreso,



decididos á devolver al país, una por una, todas las prudentes libertades...

—¡Muy bien! ¡muy bien!

—Y bien, señores, ¿qué gobierno en mayor grado que el imperio ha realizado jamás las reformas liberales, cuyo seductor programa acabáis de oír trazar? No combatiré el discurso del honorable preopinante. Me bastará con demostrar que el eminente genio y el gran corazón del emperador se han adelantado á las reclamaciones de los más encarnizados adversarios de su reinado. Sí, señores, por su propia voluntad, el soberano ha devuelto á la nación ese poder con que le había investido en un día de público peligro. ¡Espectáculo magnífico, tan raro en la historia! ¡Oh! comprendemos muy bien el despecho de ciertos hombres de desorden. Vense reducidos á atacar las intenciones, á discutir la cantidad de libertad restituida... Vosotros habéis comprendido el gran decreto de 24 de noviembre. Quisisteis, en el párrafo primero del mensaje, testimoniar al emperador vuestro profundo agradecimiento por su magnanimidad y por su confianza en la sabiduría y prudencia del Cuerpo legislativo. La adopción de la enmienda que os ha sido sometida, constituiría una injuria sin fundamento, y, hasta diría, una mala acción. Consultad vuestras conciencias, señores, y preguntaos si no os consideraríais libres. La libertad en el día de hoy es completa, sin cortapisas, yo os respondo de ello.

Vióse interrumpido por prolongados aplausos. Ha-

bíase acercado lentamente al borde de la tribuna. Ahora, con el cuerpo algo inclinado, con el brazo derecho extendido, alzaba la voz, que se desprendía con extraordinaria pujanza. A su espalda, el señor de Marsy, retrepado en su sillón, le escuchaba con la vaga sonrisa de un aficionado, que se maravilla ante la magistral ejecución de algún poderoso esfuerzo. En la sala, en medio de la tempestad de «bravos», algunos miembros se inclinaban y cuchicheaban, sorprendidos, mordiéndose los labios. Clorinda había dejado caer los brazos sobre el terciopelo rojo de la baranda, y su semblante aparecía serio.

Rougón continuaba:

—Hoy día, la hora que todos nosotros hemos esperado con tanta impaciencia, ha llegado por fin. No hay ya ningún peligro en hacer de una Francia próspera una Francia libre. Las pasiones anárquicas han muerto. La energía del soberano y la solemne voluntad de la nación han rechazado para siempre y reducido á la nada las abominables épocas de perversión pública. La libertad ha venido á ser posible, el día en que ha sido vencida esa facción que se obstinaba en desconocer las bases fundamentales del gobierno. Por esto es por lo que el emperador ha creído deber retirar su poderosa mano, rehusando las excesivas prerrogativas del poder como carga inútil y estimando su reinado indiscutible hasta el punto de dejarlo discutir. Y no ha retrocedido ante la idea de comprometer el porvenir; irá hasta el fin en su tarea de liberación, y devolverá las liber-